

Una física de la amistad

Pablo López Cantó

Onfray, M.
Teoría del cuerpo enamorado.
Pre-Textos, 2002.

Una mirada sonriente. La mano. Su caricia. Los labios que se aproximan. La ternura en la boca. Palabras susurradas, como un viento cálido que se derrama sobre el pecho. Gestos insignificantes. Pero en ellos parece jugarse casi todo. Sellan el pacto entre dos cuerpos, distantes, solitarios, soberanos. Fijan una extraña alianza. Desatar el deseo. Producir placer. En torno de la erótica se coagulan hoy gran parte de los dilemas filosóficos que nos acosan. Punto nodal en el espacio ampliado de la existencia, se inserta como revelador de las apuestas ontológicas. Las cuestiones de la subjetividad, de las diferencias y de su articulación, problemáticas éticas y políticas tanto como estéticas o epistemológicas emergen en el interior de la reflexión acerca de la sexualidad, del goce y del encuentro. Michel Onfray ha fijado su atención sobre el tejido constitutivo del cuerpo enamorado. Ha estudiado su consistencia. Los fantasmas que lo acosan. Los dispositivos que lo atan. También las alucinantes potencialidades que lo habitan. La fuerza que proyecta. Las vías que su afectividad exige. Para ello, M. Onfray ha retornado, una vez más, tras su recorrido por los cínicos, allí donde parece edificarse la inteligencia, facultad rara, racionalidad, filosofía: a la Grecia Clásica y al periodo helenista. Ha vuelto sobre ese tiempo previo al desastre que el monoteísmo cristiano impusiera. Ha tratado de dilucidar lo que él llama una erótica solar: aquella que regala el epicureísmo hedonista.

La tristeza de Occidente

Transitar la erótica pasa por divisar el devenir histórico de Occidente que la determina. Estremece contemplar los contornos de nuestro pasado. La continuidad terrible de determinadas disposiciones despóticas cuya fortuna resulta irremediable parece haberse levantado contra cualquier valoración positiva de las vidas, de sus despliegues dichosos, de la alegría que es expresión de la inmanencia. La genealogía que, a retazos, de una cultura obsesionada en su violencia contra los cuerpos gozosos, las multiplicidades potentes y la efervescencia agórica desarrolla Onfray muestra con claridad las razones de nuestro padecimientos, de las angustias que aún nos arrasan, de la timidez de nuestros envites. La historia de Occidente es la historia de la renuncia. De los pitagóricos a los Padres de la Iglesia se fija el triunfo de una pulsión aniquiladora, autoritaria y sufriente. El sueño que Patón soñase en sus viajes a Siracusa parece haberse cumplido. Con ello el mundo ha quedado transformado en pesadilla. Un Sócrates tiránico reina sobre el devenir infausto que hasta nosotros llega. Los elementos esenciales de la moral cristiana que convocan al desprecio de los placeres, a la laceración de la carne y al rechazo de lo sensible provienen de las propuestas platónicas. La trascendencia queda en el discurso del promotor de los reyes filósofos instaurada como esencial referencia a partir de la cual evaluar los desarrollos de lo mundano. El imperio pretendidamente universal de un bien absoluto en tanto que idea ordenadora de las singularidades diversas se conforma como dispositivo textual antidemocrático sobre el que erigir una política de rechazo a las proyecciones creativas. La ley que a su través se impone juega el papel de fundamento de lo real mismo y, en tanto que tal, de criterio al cual las existencias han de plegarse. Renunciar a la propia materialidad, a la potencia corporal que nos constituye: tal parecer ser la orden ejemplar que encierra la propuesta

platónica. Apostar en favor de una idealidad universal contra el estallido de las sensibilidades divergentes y plurales es probablemente la más espantosa herencia que a través del cristianismo Occidente haya hecho triunfar.

El ahogo de las voluptuosidades y la marginación de los comportamientos no sometidos al imperio de categorías trascendentes —de la Verdad, el Bien, la Belleza o la Justicia, erigidas todas en base a unas imaginarias eternidad y universalidad—, la destrucción, en fin, de las posibilidades de expansión de vitalidades creativas e insumisas ha constituido la columna vertebral de las políticas del Occidente judeocristiano. Coaguladas en la imagen siempre borrosa de un Dios que juzga y condena, que promueve el sentimiento de culpa ante la lubricidad de los cuerpos y el castigo frente a las subjetividades liberadas de su yugo, las formas trascendentes se han erigido como armas de un poder despótico acaso sin parangón en la historia. El discurso religioso, lo enseñó Maquiavelo, es mecanismo esencial para la reproducción del poder del príncipe. La teología cristiana, como también lo hará la musulmana, reforzarán el mecanismo de sumisión a través de la apropiación de gran parte del aparato conceptual desarrollado por los pensadores del helenismo. Desde las técnicas del cuidado de sí y de la introspección de los estoicos hasta los despliegues conceptuales del neoplatonismo, pasando por el dominio de sí cínico y epicúreo, la herencia filosófica que hunde sus raíces en el paganismo griego será usurpada por la patrística y reconducida hacia un ideal ascético que pretende la voladura de toda percepción hedonista o eudemonista de la vida terrena, de la única vida. Con la invasión de los monoteísmos se consuma un proceso de condena a toda expresión alegre de la inmanencia que será refrendado tanto por los poderes del imperio romano en decadencia como por las estructuras políticas medievales que los sustituyan. Pero tampoco con el despertar de la modernidad la lógica del sometimiento y del repudio de lo sensible entrará en desuso. La burguesía reproduce los esquemas dominantes en lo que al comportamiento afectivo se refiere, e incluso reforzará progresivamente los sistemas de control de la sexualidad, de las producciones de placer y de los espacios generados en el libre despliegue de las singularidades. Michel Foucault ha analizado con cierta minuciosidad la serie de procesos que a lo largo del capitalismo tienden a transformar al sexo en instancia privilegiada en el gobierno de las multiplicidades, en punto de enganche de las políticas disciplinarias ejercidas sobre el cuerpo y las políticas de control de poblaciones. Entre la anatomopolítica y la biopolítica el dispositivo de la sexualidad se erige como lugar para la extensión e intensificación del poder de Estado.

Occidente y su en apariencia irrefrenable onda expansiva se sostienen sobre la codificación de los vectores afectivos, sobre la imposición de formas destinadas a la reproducción de unas estructuras sociales y la eliminación de todo aquello que suponga un cierto peligro para las mismas. El interés colectivo —que bien se sabe es siempre sólo el interés de la clase dominante— es el criterio en función del cual han de ser evaluados los comportamientos y la oportunidad de las singularidades. Los individuos han de plegarse al destino que lo social impone para ellos, para el buen funcionamiento del conjunto, para el bien de todos —de un todos que siempre favorece a los mismos—. Monogamia, reproducción, familia. Tales parecen ser para Onfray los tres vectores afectivos instituidos como los hilos a partir de los cuales tejer el orden sexual en Occidente. Constituyen el aparato de captura que, a pesar de su vulgaridad, más efectivo se ha demostrado a la hora de fijar las subjetividades y anular los envites rebeldes. Frente al nomadismo del deseo liberado, contra las voluptuosidades inflamadas, la tríada vectorial deseca los impulsos, acota la expansión de las diferencias, reintegra los

proyectos, ahoga los placeres. Tal resulta la herencia espantosa que nos lega el devenir histórico de Occidente: el miedo a la promiscuidad elegida, a la esterilidad voluntaria, a la fractura con el orden familiarista. Nuestras subjetividades están conformadas en el interior de una cultura que acoge como norma la renuncia a los encuentros fugaces y a los goces intensos, que estigmatiza a quienes eluden la ley de la exclusividad sexual con la pareja y educa en la angustia y el sentimiento de culpa. Tal la imagen precisa de nosotros mismos: seres atemorizados ante la efervescencia del deseo, desconfiados ante los goces, tímidos frente a la potencia corporal, ascéticos contra el estallido de los placeres. A nuestro pesar alumnos modélicos, al fin, de las enseñanzas cristianas, de las más terribles lecciones platónicas: aprendices de lo peor, legado de toda la tristeza que acumula Occidente.

La filosofía como antídoto

Hubo un tiempo en que la filosofía se quiso terapéutica. M. Onfray trata de retomar semejante destino. Sus libros, todos, se pretenden instrumentos para la construcción de uno mismo, útiles en la elaboración de la propia existencia, enemigos de todo cuanto la emponzoña y clausura. Como un manual de primeros auxilios, su *Teoría del cuerpo enamorado* trata de recuperar la inteligencia antiplatónica, y, por tanto, también anticristiana, en favor de una erótica libertaria, de una sexualidad anarquista, de una experiencia amorosa felizmente renovada. Recoge las esquirlas de una corriente subterránea de pensamiento que ha sobrevivido al acoso de los príncipes y los obispos, a las ejecuciones y a las llamas. Trata de construir a partir de ella los pilares de una existencia filosófica. Porque la filosofía es, antes que discurso institucionalizado, elección inesperada, creación necesariamente inconclusa, producción de ignoradas formas de habitar, arte de la vida. En el caso de Onfray la vía es claramente nietzscheana. Contra todos los enemigos del pensamiento de la inmanencia, contra quienes pretenden el sometimiento de las singularidades creativas, frente a los ascetas del ideal, despliega toda su fuerza combativa. Porque acaso la filosofía funcione precisamente como una guerra de guerrillas. Contra la dominación de la herencia platónica, reivindica a los sofistas, pero también las excepciones cínicas, las bandas de epicúreos, los ciernáicos, a Safo la poetisa.

La filosofía ha tenido históricamente una dimensión conflictiva. El filósofo, que emergiera de entre los despojos de las legendarias listas de los siete sabios, de entre las ruinas de esas figuras mitológicas más hermosas acaso incluso que las de Aquiles o Ulises, el filósofo, amigo del saber, mas sabedor de la distancia que lo aleja de la verdad definitiva, sabedor de su ignorancia, una y otra vez se ha visto enfrentado a quienes creyendo conocer no hacían sino insistir en su estupidez, abrazarla. Adversario acaso irreductible, el estúpido, siempre aliado oportunista del poder, ha levantado repúblicas ideales, ciudades de dios, panópticos terribles: ha trabajado arduamente en el rechazo de los instintos, en la renuncia a los placeres de la carne, por el sometimiento de los cuerpos desperezados. Contra el estúpido, el epicureísmo ha fundado jardines, ha reclamado la más radical autonomía, ha perseguido la tranquilidad de esa parte del cuerpo que es el alma. Sobre sus enseñanzas proyecta Onfray su *Teoría...*, pues qué es en definitiva el mundo sino un tejido de partículas invisibles, de fuerzas enanas, de encuentros imperceptibles. Lo enseñó Bachelard, la microfísica es siempre una ciencia de lo nouménico, una analítica del ser, un desciframiento de la materia, una cartografía de la inmanencia. Frente a la metafísica occidental, como el agua que todo lo puede,

fluye la física lucreciana: contra el miedo al destino, a la muerte, al más allá y a las divinidades su materialismo muestra las vidas y el mundo como meras composiciones azarosas, contingentes y temporales de átomos abocados indefectiblemente a la desarticulación definitiva. Tres líneas conceptuales insertas en *De rerum natura* parecen desactivar de forma especialmente efectiva el dispositivo platónico y abrir la posibilidad del despliegue de una erótica de la intensificación de los placeres y de la expresividad de los deseos inmanentes. La teoría del alma material, la teoría del clinamen o desvío de los átomos y la teoría de los simulacros izan una barrera contra las derivas renunciando que constituyen la columna vertebral del pensamiento occidental, quiebran las mitologías que aún nos acosan. Lucrecio levanta la atalaya desde la cual divisar tranquilos los naufragios a los que la civilización occidental nos convoca.

M. Onfray vierte su mirada sobre el epicureísmo romano y, más en general, sobre todas las formas de pensamiento que se instalan en un espacio divergente respecto de las propuestas platónicas para mejor desplegar una vida filosófica capaz de intensificar los placeres y eludir el dolor, insistente en la producción de goces tanto como en el tránsito de la línea de fuga que nos aleja del sufrimiento. La existencia disparada en esa dirección encontraría en una erótica hedonista su ley, y en la conquista de la ataraxia su cumplimiento. La búsqueda del equilibrio que caracteriza el proyecto filosófico pasa por la supresión de las causas que generan el displacer. Y es ahí precisamente donde la satisfacción del deseo emerge como vía regia a través de la cual reestablecer el estado de calma, a través de la cual rearticular las composiciones atómica, mediante la que alcanzar la tranquilidad del alma. Se trataría de edificar las condiciones para el desarrollo de una existencia gozosa. Porque la traza que dibuja el filósofo es siempre algo más que meras palabras, implica el despliegue de un peculiar modo de vida, de un estilo propio, de una forma de habitar renovada. Máquina célibe, singularidad soltera, el pensador materialista permanece aferrado a las potencias irreductibles de la inmanencia, a sus proyecciones intensas: bajo la exigencia de la más absoluta autonomía respira su esfuerzo por enseñar la posibilidad luminosa de un placer sin defectos, bajo el trabajo continuado sobre sí mismo late la promesa de una satisfacción sin culpa ni vergüenza, tras la distancia soberana en que acaso en ocasiones se encierra fluye la pretensión de inventar la ejemplar biografía. No parece haber razón para denostar la corporalidad, los flujos de deseo que la atraviesan, ni para declinar, siempre que ésta no conlleve aparejado perjuicio alguno, la oportunidad gozosa. Onfray, como el fundador del Jardín, trata de construir una filosofía que sea antídoto contra los paladines de la desdicha, en favor de la alegría, de las potencias singulares, del dominio sí y de la expresividad del deseo erótico que nos transita.

Hacia una política hedonista

En el espacio de una ética hedonista se funda una política que es en sí misma una erótica de la amistad. M. Onfray lo observó bien cuando ya en su libro *La escultura de sí* apuntaba que en el registro hedonista, la amistad resulta ser el principio de armonía mediante el cual se aumentan las alegrías y se disminuyen los dolores¹. Sin duda, la herencia epicúrea que de nuevo se recoge enseña que tal vez no haya mejor mecanismo para la producción de placer y para la elusión del sufrimiento que esa rara relación que es pura horizontalidad, transversalidad afectiva, pues de cuantos bienes proporciona la

¹ Cf. Onfray, M., *La sculpture de soi*, Grasset & Lasquelle, 1993.

sabiduría para la felicidad de toda una vida, el más importante es la amistad. Epicuro la describe como fundada sobre el interés y, sin embargo, más allá de éste, como deseable en sí misma, puesto que en cierta medida es ya sinónimo y sostén de la ataraxia. El atomista de Samos no delira en torno de una relación presuntamente fundada sobre un altruismo descerebrado. Al contrario, enseña que la amistad encuentra su origen en la utilidad. Mas no acaba ni se reduce a ésta, no permanece anclada en un mera instrumentalidad. De algún modo, el interés inicial que rige la constitución de los lazos afectivos se proyecta más allá del utilitarismo hasta convertirse en condición esencial para alcanzar la tranquilidad del alma, el adecuado equilibrio, la afortunada composición de los átomos. Porque, explica Epicuro, la virtud del amigo no reside tanto en lo que de él se obtiene cuanto en la ayuda que promete, en la seguridad que ofrece. La amistad borra el miedo, aclara el horizonte de fantasmas y, en ello, facilita el acceso al presente, a ese instante estirado en el que brillan las fogosas producciones de placer, en el que se afirman las potencias fugazmente entrelazadas y la corporalidad impetuosa de los goces. Alianza sin episodio ni ley, la amistad es el lazo que hace posible la emergencia de una política de la alegría en tanto que erótica. A su través se dibujan agenciamientos colectivos no jerarquizados, redes de afinidades electivas, pequeños jardines suburbanos en que hacer proliferar los motivos de dicha, las sonrisas y las caricias. Sobre la amistad se funda una política del afecto, en torno de ella surge un corte en el tejido social impuesto y en su interior se describe el espacio para la afirmación común y para una posible resistencia compartida. Campo favorable la extensión del contagio, la amistad es esa relación intrínsecamente hedonista que consiste en dar placer y recibir placer, en producir transversalmente intensidades gozosas y articular singularidades diversas, en reunir sin homogeneizar diferencias, en construir guerrillas, tribus sin mando, sociedades secretas. La alianza de los amigos es el lugar privilegiado desde el que construir una política diversa, rebelde e insumisa, allí donde se hacen posibles las minorías y donde deslumbran soberanas las individualidades, insospechados los estilos, donde restallan presencias bárbaras, otras formas de vida. La amistad es ese lazo sobre el que forjar una existencia volcánica y un alma tranquila. La amistad o la filosofía.